

26 de abril de 1937

GER

NI

K A

XABIER IRUJO

Prólogo de Ángel Viñas

CRÍTICA

Índice

Portada

Prólogo, por Ángel Viñas

1. Una reunión en el hotel Semiramis de El Cairo
2. El estallido de la guerra europea
3. Hermann Göring
4. La organización de las unidades aéreas rebeldes
5. Campaña de bombardeos de terror
6. ¿Quién ordenó bombardear Gernika?
7. ¿Por qué Gernika?
8. El 26 de abril de 1937 a 800 metros de altura
9. El 26 de abril de 1937 bajo las bombas
10. Dimensión y daños materiales del bombardeo
11. Víctimas mortales
12. La mentira fue una orden
13. Memoria histórica y reduccionismo historiográfico

Epílogo

Agradecimientos

Bibliografía

Créditos de las ilustraciones

Abreviaturas

Láminas

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte









Prólogo

Es un placer especial para mí que el profesor Xabier Irujo me haya hecho el honor de pedirme que prologue esta obra suya sobre el bombardeo y destrucción de Gernika. He aceptado encantado su amable sugerencia. Las razones son varias, de tipo personal y científico.

Conozco al autor desde hace varios años, cuando la Editorial Comares me pidió que pusiera al día una de las obras cumbres del añorado Dr. Herbert R. Southworth, *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*. Confieso que, de entre los historiadores extranjeros que más influyeron en mi vocación, enfoques y estilo, Southworth, una de las *bêtes noires* de la «historiografía» franquista y neofranquista, se llevó siempre la palma. Al realizar aquella tarea, un libro previo del profesor Irujo, *El Gernika de Richthofen. Un ensayo de bombardeo de terror*, me permitió comprobar su madera de incansable investigador e historiador.

Desde entonces he estado en contacto con él y participado, junto con el profesor Julián Casanova, en alguno de los seminarios que organiza en la Universidad de Nevada, en Reno, en el Centro de Estudios Vascos.

En el plano científico, el tema sobre el que Xabier publica ahora este libro me ha ocupado intermitentemente desde que hice mis primeros pinitos de historiador, gracias a la feliz invitación del profesor Enrique Fuentes Quintana, a la sazón director del Instituto de Estudios Fiscales del Ministerio de Hacienda, para que me ocupase de las relaciones económicas y financieras entre la España franquista y el

Tercer Reich durante la guerra civil. El bombardeo de Gernika siempre se introdujo por los resquicios de mi investigación de comienzos de los años setenta del pasado siglo.

En 1977, poco antes de las primeras elecciones democráticas que dieron la puntilla al sistema político e institucional de la dictadura, participé en una mesa redonda en Gernika. Fue la primera vez que se conmemoró pública y solemnemente el aniversario (entonces el cuadragésimo) de la destrucción de la villa foral. Mis acompañantes fueron, entre otros, el propio Southworth (que acababa de publicar en la mítica editorial parisina Ruedo Ibérico su tesis doctoral de la Sorbona que dirigió Pierre Vilar), el profesor Manuel Tuñón de Lara, Fernando García de Cortázar (a la sazón en la Universidad de Deusto), el antiguo *gudari* Joseba Elozegi y alguien más cuyo nombre no recuerdo.

Mi intervención versó sobre uno de los temas más debatidos de aquel trágico episodio de 1937: la responsabilidad del bombardeo y la destrucción. Me había preparado concienzudamente estudiando las montañas de fotocopias que había hecho en los archivos alemanes (Berlín, Bonn, Friburgo y Coblenza, esencialmente). Llegué a la conclusión de que se trataba de responsabilidades compartidas entre nazis y franquistas en los planos estratégico, operativo y táctico y que la acción había sido un ataque de terror, debidamente ocultado tan pronto como estalló la noticia en la prensa internacional (aspecto que nadie había o ha estudiado mejor que Southworth). Reclamé la apertura de archivos españoles. Cuando, meses después, me entrevisté con el entonces ministro de Información y Turismo, don Pío Cabanillas, me dijo algo así que «con el Ejército hemos topado». En efecto, los archivos militares seguían cerrados a piedra y lodo, salvo para algunos privilegiados entre los que me contaba, gracias de nuevo al apoyo de Fuentes Quintana.

Para entonces, el mito franquista original de que Gernika había sido destruida por los propios vascos y/o los mineros asturianos permanecía sólidamente asentado, pero

ya en vías de debilitación acelerada. Era imposible negar la autoría de la Legión Cóndor, sobre todo cuando un historiador alemán, el entonces comandante de la Luftwaffe, Klaus A. Maier, lo había reconocido claramente con documentos. Los historiadores y panegiristas pro franquistas (Ricardo de la Cierva y Vicente Talón en cabeza) no habían tenido otro remedio que reconocerlo, con la importante matización de que los militares nazis habían traicionado la lealtad debida al mando «nacional». Es decir, que habían obrado más o menos por su cuenta.

Tampoco esto pudo sostenerse, pero el relevo lo tomó, ardorosamente, el general del Ejército del Aire Jesús Salas Larrazábal, que desde entonces se dedicó a predicar a diestro y siniestro toda una serie de afirmaciones que coincidían en el objetivo común de exonerar en todo lo posible a dicho mando y, en particular, al general Franco.

En mi edición y puesta al día de la obra de Southworth me dediqué con fruición —no exenta de una pizquita de «mala uva»— a someter a contrastación empírica la metodología y los «hallazgos» de Salas. Y no solo con documentación alemana, sino también española, ya que en aquel momento los fondos de los Archivos General Militar de Ávila e Histórico del Ejército del Aire eran totalmente accesibles. En ambos existía, además, documentación que demostraba que Salas tergiversó, manipuló y, simplemente, mintió todo lo que pudo. Debo reconocer que no solo la obra de Xabier Irujo, sino también la de la profesora y amiga Stefanie Schüler-Springorum *Krieg und Fliegen* (entonces todavía no traducida) me sirvieron de apoyo.

La destrucción de Gernika es, sin duda, el episodio bélico singular sobre el que más se ha escrito de la guerra civil o guerra de España. Inauguró un tipo de operaciones bélicas que exigían una interacción constante, y novedosa en tierras europeas, entre las fuerzas de tierra y la aviación. En el frente norte los nazis empezaron a poner a punto, en la práctica, una conducción de las hostilidades que no tarda-

ría en eclosionar con dureza en el conflicto europeo. Los testigos del bombardeo así lo vieron, en particular el periodista George L. Steer, que no se equivocó lo más mínimo.

No es pues de extrañar que en una gran parte de la historiografía esta premonición se haya resaltado una y otra vez, intensificada al máximo por el lienzo de Picasso y las experiencias de la segunda guerra mundial. Que España fue campo abonado para la experimentación de nuevas armas, nuevas estrategias y nuevas tácticas se observa no solo en Gernika, pero la villa foral sobresalió por toda una serie de circunstancias: las mentiras de Franco, el contexto internacional y las necesidades políticas de los no participantes.

El ya inmarcesible Caudillo reaccionó mal. Lo menos que necesitaba era que pudiera comprobarse que en «su» España actuaban aviaciones extranjeras disfrazadas. Temió que ello pudiera afectar negativamente para él la «avestrucesca» política de no intervención de las democracias occidentales. En realidad, se pasó de listo. Ni Londres ni París ni Washington vacilaron en mantenerla. Mucho después afloraron grietas en el caso francés, pero fue ya demasiado tarde.

Lo que no es explicable racionalmente es el empeño del «invicto Generalísimo» en mantener y no enmendar los mitos en los que él y sus militares se habían enrocado. Duraron tanto como la dictadura, y en algunos sectores de la historiografía y de la publicística la sobrepasaron en muchos años. Todavía hay en la actualidad historiadores que los repercuten de una manera u otra, tanto en España como en el extranjero.

En tales circunstancias, este libro del profesor Xabier Irujo cumple una doble función: desmitificadora y terapéutica. Ambas son consustanciales al oficio del buen historiador.

Xabier lleva años buscando sin cesar documentación nueva que permita alumbrar hasta donde es humanamente posible los más oscuros intersticios de la destrucción. El lector encontrará condensado en este libro el resultado de una inmensa tarea de recopilación de documentos primarios españoles, alemanes, italianos, británicos y norteamericanos. Su propósito es dar una respuesta lo más fundamentada posible a las cuatro grandes cuestiones que han atizado la controversia desde 1937: ¿por qué se destruyó Gernika?, ¿cómo se hizo?, ¿en quién recae la responsabilidad?, ¿qué consecuencias tuvo?

Las respuestas reflejan su buen quehacer conceptual y metodológico: acopiar evidencia primaria relevante de época de la forma más amplia posible; analizar su consistencia y contradicciones; identificar las lagunas que quedan por descubrir; y contextualizar el episodio lo más extensamente que quepa hacer a partir de la documentación disponible, utilizando conceptos claros y rotundos. Y todo ello en un libro ameno, fácil de leer y con una argumentación muy accesible.

Irujo ha huido de la fácil tentación de poner demasiado énfasis en las manipulaciones, las tergiversaciones y las mentiras que han salpicado la defensa, más o menos explícita, de los viejos mitos franquistas. En buena medida ya lo hizo Southworth. También lo continuó quien esto escribe. No es necesario añadir más leña al fuego en el que se han consumido, y seguirán consumiéndose, numerosas reputaciones de autores muertos y de algunos vivos.

En un momento indeterminado debieron de cursarse órdenes para destruir el expediente «Guernica». De la Cierva se rio de que nadie lo hubiese encontrado. Ni él ni quienes siguieron tales instrucciones probablemente no habrían podido imaginar que, tratándose de una muestra repelente de la colaboración nazifascista-franquista, en archivos alemanes e italianos, pero también británicos y norteamericanos, quedaría documentación más que suficiente para

echar por tierra sus maniobras. Y también en los españoles, cerrados a cal y canto hasta después de la transición política e institucional.

El profesor Xabier Irujo, fino historiador, ha sabido penetrar profundamente en innumerables archivos para ofrecer una reconstrucción que, como observará el lector, se remonta en sus inicios al período inmediatamente posterior a la primera guerra mundial en lugares entonces exóticos y que hoy vuelven a estar en la primera página de los periódicos. Tras la lectura de este libro, cualquier lector podría preguntarse quién salvará la reputación de De la Cierva, Talón, Salas, Suárez, Corum y Payne, por ejemplo, entre muchos otros.

En resumen, un relato apasionante, turbador, molesto quizá para algunos, pero siempre apuntalado en la exégesis crítica de una documentación sin fallos. Espero que los lectores encontrarán en él respuestas absolutamente fidedignas a las preguntas que han acompañado el caso de Gernika junto con la sentida evocación de las víctimas en tierras vascas y cuyo martirio y sufrimiento el estado Español no ha reconocido suficientemente.

ÁNGEL VIÑAS

Bruselas, noviembre de 2016

1

Una reunión en el hotel Semiramis de El Cairo

La primera guerra mundial produjo entre quince y veinte millones de víctimas mortales, lo que la sitúa entre los conflictos más sangrientos de la historia humana.¹ Además, esta guerra fue una de las más caras de la historia.² Con cerca de un millón de muertos, el Reino Unido había perdido alrededor de un 2 % de su población, a los que había que sumar más de 1,5 millones de heridos. Y el imperio estaba en quiebra. La deuda pública se incrementó de 645 millones de libras en 1914 a 7.435 millones en 1919, hasta alcanzar el 135 % del producto interior bruto. Y cuatro años más tarde la deuda se elevó hasta el 182 % del PIB.³

En 1918 el porcentaje del gasto público destinado al esfuerzo bélico era astronómico, y la cifra no se redujo sustancialmente un año más tarde.⁴ No sin cierta ironía, Winston Churchill se reprochaba a sí mismo ante la Cámara de los Comunes que la financiación de las fuerzas armadas fuera una de las mayores causas del incremento de la deuda pública en agosto de 1919.⁵ «Estamos gastando 400 o 500 millones de libras este año —aseguraba Churchill— después de que la guerra ha terminado; ¿por qué no terminan también los gastos?». ⁶ Tras cuatro años de guerra, la política comenzaba tímidamente a recuperar el control sobre el gasto público, pero en 1919 el erario público debía pagar no por lo que el Parlamento había decidido hacer, sino por lo que sucedía. Entre los imponderables, el secretario de Guerra señalaba las largas demoras en hacer la paz